C. S. Peirce, un filósofo para el siglo XXI

Jaime Nubiola¹ (jnubiola@unav.es)

[Texto oral]

Cuando en abril del 2010 en las III Jornadas Internacionales Peirceanas celebradas en Mexicali me comunicaron que querían hacerme un homenaje en esta cuarta edición, me llevé una sorpresa mayúscula. Era algo que nunca había imaginado y lo acepté con enorme agrado, pensando que ese homenaje no era tanto hacía mi persona como al Grupo de Estudios Peirceanos que desde hace quince años viene publicando masivamente en la *web* traducciones al castellano de textos de Charles S. Peirce y una abundantísima bibliografía secundaria.

Ha llegado ya el día y —aunque será esta tarde propiamente el acto de homenaje— quiero aprovechar vuestra atenta escucha de esta mañana para contar brevemente cómo descubrí a Peirce y por qué considero que no es un viejo pensador del siglo XIX, sino que se trata cabalmente de un filósofo para el siglo XXI que nos invita permanentemente a pensar, a estar insatisfechos con los resultados alcanzados, para intentar ser siempre cada vez más razonables.

De acuerdo con esta idea dividiré mi exposición en tres secciones: 1) Mi descubrimiento de Peirce; 2) Veinte años después; 3) Un filósofo para el siglo XXI: a vueltas con la razonabilidad.

1. Mi descubrimiento de Charles S. Peirce

Durante el curso 1991-92, después de doce años de trabajo administrativo como Secretario General de mi Universidad, tuve noticia de que iba a ser relevado del cargo y que a partir de entonces podría dedicarme por completo a la filosofía como era mi deseo. Escribí a mi mentor el profesor Alejandro Llano, que se encontraba en aquel entonces de profesor visitante en una universidad de Washington, comunicándole el asunto y él me recomendó que, después de tantos

¹ Agradezco muchísimo la invitación que me han hecho las instituciones mexicanas organizadoras.

años de atención a la filosofía analítica (Austin, Quine, Kripke, Wittgenstein, Putnam, etc.), quizá era el momento de que eligiera un autor importante para concentrar mi atención en él. Recuerdo que inicié una ronda de consultas con diversos colegas para pedirles sugerencias sobre posibles autores y el profesor Leonardo Polo me sugirió que me asomara a Peirce, puesto que yo era muy pragmático y no sólo me interesaba la filosofía, sino también la teoría de la comunicación.

No pude hacer nada al respecto hasta el verano siguiente (1992) cuando estuve como *Visiting Scholar* en la Universidad de Harvard tratando de escribir una introducción a la filosofía del lenguaje contemporánea que mostrara cómo una comprensión histórica de la filosofía analítica permitía augurar una renovación de marcado carácter pragmatista de esta tradición filosófica. Como me encontraba en la tierra natal del fundador del pragmatismo, Charles S. Peirce, aspiraba a lograr una cierta familiarización con su pensamiento, sus escritos y con la *scholarship* desarrollada en los últimos años alrededor de su figura.

Recuerdo bien cómo un día al leer la correspondencia de Peirce con Lady Welby —en la edición primera de Chet Lieb— me saltaron las lágrimas: me impresionaba la pobreza de Peirce en sus últimos años, sin dinero para leña, para comer o para la atención médica de su mujer. Eso no me había pasado con ningún filósofo hasta entonces. Pues bien, un día un abogado amigo me sugirió que leyera la conferencia de Walker Percy *The Fateful Rift: The San Andreas Fault in the Modern Mind* ("La criatura dividida"), compilada en el volumen póstumo de sus ensayos publicado en 1991 bajo el título general *Signposts in a Strange Land*². Aquella lectura tuvo para mí un efecto muy semejante a la decisiva experiencia de Helen Keller con el agua de la fuente tantas veces recordada por Percy (Percy 1976: 34-36 y muchos otros lugares).

En la lectura de aquel texto —que viene a ser el testamento intelectual de Percy ya entonces gravemente enfermo— descubrí la unificación de mis diversos intereses intelectuales proseguidos separadamente durante muchos años. Desde hacía tiempo me había interesado por segmentos de nuestra cultura aparentemente tan dispares como la filosofía del lenguaje, la semiótica y la teoría de la comunicación, la teoría de la verdad, la lógica modal, la discusión acerca del alcance de la inteligencia artificial, las posibilidades y limitaciones para procesar mecánicamente el lenguaje humano, los intentos de enseñar lenguaje a primates, los niños salvajes y sus capacidades lingüísticas, el lenguaje de los sordomudos, la creatividad del lenguaje o incluso la revolución en lingüística suscitada por la gramática generativa de Chomsky. Pues bien, la lectura de aquel texto de Walker Percy, médico y literato, me deslumbró al

mostrar con claridad meridiana tanto el diagnóstico de la enfermedad más grave de nuestra cultura actual como su terapia.

Sugería Percy que el elemento unificador de todos aquellos temas que tanto me habían atraído se encontraba en la insuficiencia del relato cientista que, permeado de un darwinismo simplista, ha dominado el ámbito académico angloamericano durante la segunda mitad del pasado siglo con la pretensión de explicar las conductas más características de los seres humanos como son el lenguaje y la comunicación. La terapia —a juicio de Percy también— debía buscarse en Charles S. Peirce y en su descubrimiento del carácter irreductiblemente triádico que caracteriza al comportamiento lingüístico: el remedio para superar la brecha que divide nuestra cultura entre ciencias naturales y humanidades, imposibilitando una comprensión integrada de los seres humanos y de su actividad, se encontraba en "el trabajo de un científico americano, que hace ya cien años sentó las bases para una ciencia coherente del ser humano" (Percy 1996: 1143). Me pareció un diagnóstico magnífico y les confirme con mi experiencia de estos años aquella impresión de Percy.

A mi regreso a Navarra, tuve la suerte de poder hablar despacio con el sabio filósofo argentino Ignacio Angelelli, gran experto en lógica medieval y en Frege, que teníamos aquel curso como profesor visitante. Me recomendó que tratara de combinar mis supuestas dotes organizativas con una concentrada atención a Charles S. Peirce para poder llegar a hacer aportaciones efectivas en el ámbito de la *scholarship* internacional. Al mismo tiempo, me pidió una ponencia sobre las relaciones académicas entre C. S. Peirce y L. Wittgenstein que presenté en el III Simposio de Historia de la Lógica que celebramos aquel año en Pamplona y que ha sido desde entonces uno de mis trabajos más citados. Recuerdo también cómo aquel mismo curso acudí con dos colegas a Perpignan, en el sur de Francia, al congreso en homenaje a Gerard Deledalle con ocasión de su jubilación, donde tuve ocasión de conocer a peirceanos tan ilustres como Christian W. Kloesel, director entonces del Peirce Edition Project, o al propio Karl-Otto Apel.

2. Veinte años después

Han pasado casi veinte años desde entonces. De acuerdo con el descubrimiento que había hecho en Harvard, decidí dedicar mi investigación a partir de entonces a adentrarme en el pensamiento de Peirce, presentando resultados parciales de mi estudio en numerosos congresos nacionales e internacionales. Se trata de trabajos sobre pragmatismo y logicismo, Peirce y Wittgenstein, la ramificación de los saberes, la creatividad, Percy y Peirce,

abducción, interdisciplinariedad, complejidad, Dios en Peirce, *il lume naturale*, la razonabilidad, etc.

Como pienso que la investigación en filosofía ha de estar siempre enraizada en la vida, presté también singular atención desde el principio al estudio de la visita de Peirce a España en el otoño de 1870 así como a la recepción de Peirce y el pragmatismo en el mundo hispánico, tal como se recoge en el volumen editado con Fernando Zalamea, *Peirce y el mundo hispánico*. *Lo que C. S. Peirce dijo sobre España y lo que el mundo hispánico ha dicho sobre Peirce* (2006). Esta tarea ha fructificado en años recientes en un proyecto muy amplio sobre los viajes europeos de Charles S. Peirce y su correspondencia. Nuestro Grupo ha hecho un estudio muy concienzudo de su primer viaje en 1870-71 con motivo de la observación del eclipse de sol que debía tener lugar sobre el Mediterráneo el 22 de diciembre de 1870. Nuestra investigación nos ha llevado a encontrar documentos hasta ahora inéditos como su firma en el libro de visitantes de la Alhambra o en la *Reading Room* del British Museum y, sobre todo, a comprender mejor a Peirce como persona, como viajero curioso por Europa y como miembro de la comunidad científica internacional.

En 1994 con Sara Barrena, Jesús Daroca y Joan Fontrodona, creamos en Navarra el Grupo de Estudios Peirceanos con el objetivo de promover el estudio de la obra de Charles S. Peirce, especialmente en España y en los países de lengua española, alentados por la convicción personal de que en su pensamiento pueden encontrarse algunas claves decisivas para la cultura, la ciencia y la filosofía del siglo XXI. "No llamo ciencia —escribió Peirce en 1905— a los estudios solitarios de un hombre aislado. Sólo cuando un grupo de hombres, más o menos en intercomunicación, se ayudan y estimulan unos a otros al comprender un conjunto particular de estudios como ningún extraño podría comprenderlos, [sólo entonces] llamo a su vida ciencia" (*MS* 1334). Escogimos estas palabras en 1994 como lema para nuestro Grupo, porque reflejaban bien la voluntad de todos sus miembros por colaborar gustosamente unos con otros tanto de España como de muchos otros países.

De hecho, el Grupo ha constituido un ámbito para el intercambio de ideas acerca de la obra de C. S. Peirce, el pragmatismo americano, su recepción en Europa y en el mundo hispánico, y ha venido prestando un valioso apoyo metodológico y bibliográfico para el desarrollo de tesis doctorales y numerosas investigaciones en esta área. Cuenta con los manuscritos de Peirce en microfilm, así como con toda la correspondiente bibliografía primaria y secundaria, y una amplia red internacional de *Peirce scholars* que colaboran en nuestras actividades.

Los resultados que mejor muestran el alcance de esta labor son, sin duda, el sitio web del Grupo (www.unav.es/gep/) y los volúmenes monográficos que hemos publicado en estos años. En cuanto a la web sobre Peirce y el pragmatismo, se puede reseñar que en sus quince primeros años se tradujeron al castellano más de 1.500 páginas. Ello comprende los escritos filosóficos más importantes de Peirce, una abundante bibliografía secundaria en castellano y algunos textos de William James y John Dewey. De hecho, durante el año 2010 esta web contó con más de 600.000 visitas, procedentes sobre todo de Latinoamérica, con un marcado interés en los textos de las traducciones de Peirce.

Tengo para mí que hay tres factores decisivos para lo que podemos llamar el "éxito" del trabajo desarrollado en estos años: 1) el primero es el haber puesto el foco de toda nuestra actividad en Peirce y el mundo hispánico, esto es, Peirce en español, sin dispersarnos apenas en otros objetivos; 2) el segundo es la realidad de un valioso grupo de doctorandos que han hecho sus trabajos con tenacidad y brillantez sobre Peirce (Ding Panesa, Joan Fontrodona, Sara Barrena e Ignacio Redondo, o en curso como Marinés Bayas, Hedy Boero, Adriana Gallego, Larissa Guerrero, Catalina Hynes y Oscar Zelis), o sobre otros autores pragmatistas en sentido amplio: William James, John Dewey, Eugenio d'Ors, Kuhn, Wittgenstein, Taylor, MacIntyre, etc.; 3) el tercero es la realidad de la web que con una inversión de tiempo y dinero más bien limitada, pero mantenida con tenacidad a lo largo de los años, ha hecho posible la creación de una efectiva comunidad de investigadores de habla española en torno a Peirce y el pragmatismo. Baste decir que nuestro boletín quincenal gratuito está ya en su número 180 y ha superado los 300 suscriptores, gracias también a la constancia de nuestra webmaster Izaskun Martínez.

3. Un filósofo para el siglo XXI: a vueltas con la razonabilidad

Desde hace tiempo acaricio la idea de publicar junto con mi colega Sara Barrena una recopilación de nuestros trabajos sobre Peirce a lo largo de estos veinte años —muchos de ellos firmados conjuntamente— con el título tomado de un trabajo de Guy Debrock: *Charles S. Peirce, un filósofo para el siglo XXI*. Pienso que son muchas las enseñanzas de Peirce que resultan clave para nuestro tiempo. En estos últimos meses, estoy prestando particular atención a su noción de *razonabilidad* en contraste con la de *racionalidad*.

"La experiencia de la vida me ha enseñado —escribió Charles Peirce en 1900— que la única cosa que es realmente deseable sin una razón para serlo, es hacer razonables las ideas y las cosas. Realmente no se puede exigir una razón para la razonabilidad misma". A estas alturas del siglo XXI nos encontramos

con una razón humana en peligro, asaltada por el cientismo que la reduce a una racionalidad mecánica y algorítmica en última instancia inhumana, y por el relativismo cultural que reduce la razón a meras prácticas comunicativas locales. Se trata de dos concepciones científicas de la razón, la una basada en la matemática y la física, la otra en la antropología cultural. En mis escritos intento esbozar siempre —siguiendo a Charles S. Peirce y a Hilary Putnam²— un camino intermedio en el que a la experiencia de nuestra falibilidad esté aunada una confianza en la capacidad de la razón, sobre todo cuando se alimenta de la experiencia y del diálogo cordial con los demás.

La tradición filosófica pragmatista aporta la convicción de que el modelo racionalista es una manera equivocada de entender la propia actividad investigadora. No es la ciencia un proceso de búsqueda de fundamentos, sino más bien de resolución razonable de problemas con los datos y teorías disponibles en cada momento. Con una imagen del propio Peirce, podemos decir que en nuestra actividad investigadora nos encontramos andando sobre un barrizal, en el que caeremos si en lugar de seguir hacia delante nos detenemos en busca de un asidero firme e inconmovible (CP 5.589, 1898). Que esto sea así no significa que no haya progreso: la búsqueda de la verdad es enriquecedora, porque la verdad es perfeccionamiento. No hay un camino único, un acceso privilegiado a la verdad: la razón de cada uno es camino de la verdad, pero las razones de los demás sugieren y apuntan otros caminos que enriquecen y amplían nuestra comprensión. Quizá por eso me gusta repetir que la verdad no es fruto del consenso, sino que más bien es el consenso el fruto de la verdad. Como ha afirmado sugestivamente la filósofa chilena Alejandra Carrasco, "la verdad que se cree no es verdad porque se cree, sino que se cree porque es verdad".

Hablar de la verdad, así sin adjetivos, o decir que quienes nos dedicamos a pensar buscamos la verdad, comienza a ser considerado no sólo una ingenuidad, sino simplemente como algo de mal gusto: "¡Será, en todo caso, la verdad para ti, pero no creerás tú en unas verdades absolutas!" La mayoría de nuestros conciudadanos son fundamentalistas en lo que se refiere a la física, a las ciencias naturales o incluso a la medicina, pero en cambio son del todo relativistas en lo que concierne a muchas cuestiones éticas. Lo peor es que este relativismo ético es presentado a menudo como un prerrequisito indispensable para una convivencia democrática, sea a nivel local o a escala internacional. Un relativista consecuente piensa que simplemente hay unas prácticas que *ellos* consideran correctas (o racionales), y otras que *nosotros* consideramos correctas, hay cosas que "pasan por verdaderas" entre ellos y otras que son así consideradas entre nosotros, pero ni siquiera tiene sentido la discusión, la

_

² Cf. H. Putnam, *Razón*, verdad e historia, Madrid, Tecnos, 1988, p. 131.

confrontación entre prácticas divergentes, pues no hay criterios para poder decidir qué conductas son mejores que otras³.

Aunque sea cómodo para quien tiene el poder mantener una separación así entre ciencia y valores, tengo para mí que una escisión tan grande entre lo fáctico y lo normativo resulta a la postre insoportable. A mi entender, los seres humanos anhelamos una razonable integración de las diversas facetas de las cosas; la contradicción flagrante desquicia nuestra razón, hace saltar las bisagras de nuestros razonamientos y bloquea a la postre el diálogo y la comunicación. Del hecho de que las personas o los pueblos tengan opiniones diferentes sobre una materia no puede inferirse que no haya verdad alguna sobre dicha materia.

Hablar de la búsqueda de la verdad en el ámbito moral y social —tal como se hace en el ámbito científico— podría parecer fuera de lugar, pero es la manera que tenemos los seres humanos para progresar en el conocimiento de las cosas. La diferencia entre ciencia, filosofía y sentido común estriba, sobre todo, en su refinamiento, en los distintos datos de experiencia en que se apoyan, pero no son formas de conocer básicamente diferentes. Precisamente, la intuición central de John Dewey —uno de los grandes pragmatistas— es que las cuestiones éticas y sociales no han de quedar sustraídas a la razón humana para ser transferidas a instancias religiosas o a autoridades políticas o de cualquier otro tipo. La aplicación de la inteligencia a los problemas morales es en sí misma una obligación moral. La misma razón humana que con tanto éxito se ha aplicado a las más diversas ramas científicas se ha de aplicar también a arrojar luz sobre los problemas morales y sobre la mejor manera de organizar la convivencia social.

La defensa del pluralismo no implica una renuncia a la verdad o su subordinación a un perspectivismo culturalista. Al contrario, el pluralismo estriba no sólo en afirmar que hay diversas maneras de pensar acerca de las cosas, sino además en sostener que entre ellas hay —en expresión de Stanley Cavell— maneras mejores y peores, y que mediante el contraste con la experiencia y el diálogo racional los seres humanos somos capaces de reconocer la superioridad de un parecer sobre otro. Nuestras teorías, como los artefactos que fabricamos, son construidos por nosotros, pero ello no significa que sean arbitrarias o que no puedan ser mejores o peores. Al contrario, el que nuestras teorías sean creaciones humanas significa que pueden —¡deben!— ser reemplazadas, corregidas y mejoradas conforme descubramos versiones mejores o más refinadas⁴.

_

³ Cf. E. Craig, "Relativism", Routledge Encyclopedia of Philosophy, 8, pp. 189-190.

⁴ Cf. H. Putnam, Las mil caras del realismo, Barcelona, Paidós, 1994, p. 149.

Los seres humanos pensamos distinto sobre muchas cosas y eso es profundamente enriquecedor. La pluralidad de opiniones no es consecuencia de la limitación de la razón, sino que más bien es una consecuencia lógica de nuestra libertad personal y de que ninguna experiencia humana, por rica que sea. es capaz de agotar la realidad. No sólo perciben la realidad de manera distinta las sucesivas generaciones, sino que incluso cada uno a lo largo de su vida va evolucionando en sus opiniones, gustos y aficiones. Además, quienes viven en áreas geográficas distintas y en el seno de tradiciones culturales diversas unas experiencias vitales sensiblemente acumulan differentes. como comprobamos a diario. Los seres humanos somos distintos y eso es un tesoro para todos: nuestra razonabilidad es plural.

Quienes defendemos el pluralismo pensamos que esa pluralidad es enriquecedora, es valiosa, es algo de lo que podemos y debemos disfrutar. Disfrutar del pluralismo implica gozar de una concepción solidaria y multilateral del conocimiento humano. Defender la pluralidad de la razón no significa afirmar que todas las opiniones sean verdaderas —lo que además resultaría contradictorio—, sino más bien que ningún parecer agota toda la realidad, esto es, que una aproximación multilateral a un problema o a una cuestión es mucho más rica que una limitada perspectiva individual. Las diversas descripciones que se ofrecen de las cosas, las diferentes soluciones que se proponen para un problema, reflejan de ordinario diferentes puntos de vista. No hay una única descripción verdadera, sino que las diferentes descripciones presentan aspectos parciales, que incluso a veces pueden ser complementarios, aunque a primera vista quizá pudieran parecer incompatibles. No todas las opiniones son igualmente verdaderas, pero si han sido formuladas seriamente, en todas ellas hay algo de lo que podemos aprender.

En la defensa y comprensión de esta noción peirceana de razonabilidad se encuentra para mí una de las claves para la filosofía, la ciencia y la cultura del siglo XXI⁵. Por eso, además de agradecer de antemano el homenaje de esta tarde no me he resistido a recordárselo

Muchas gracias por su atención.

⁵ Cf. Jaime Nubiola, What Reasonableness Really Is, Transactions of the Charles S. Peirce Society 45/2 (2009), 125-134.